

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La crisis de la producción

Uno de los fenómenos económicos más interesantes y dignos de estudio es la crisis de la producción española.

Como siempre, los hermenutas se agrupan en dos bandos. Unos—los pesimistas—creen que al pueblo español «le ha pasado la hora» del triunfo industrial y que las aguas corren por cauces de miseria. Otros—los discípulos del doctor Pangloss—afirman que atravesamos un momento difícil; pero que nada ni nadie podrán detener el espléndido desarrollo que se avecina.

Para los primeros, la guerra europea ha sido la mina de España y «el agosto» de algunos españoles. Para los segundos el ramo de oliva y la hoja de laurel están en todas las manos y coronan todas las frentes. Con la paz llegó la victoria.

El problema debe ser contemplado desde los altos alcázares de la serenidad. Tenemos un hecho indiscutible: «La crisis de la producción.»

Salen de todos los puertos nacionales muchos brazos y pocos productos, muchos hombres y pocas mercancías. Y hay que invertir los términos. Es necesario que salgan más productos que brazos y más mercancías que hombres.

Ahora, en los puertos de España, alumbra con resplandores fatuos esta palabra sombría: «Emigración». Si hemos de robustecer nuestra personalidad económica, si hemos de cimentar sólidamente nuestra independencia social y política, hay que sustituir la palabra sinistra por este *síntoma de riqueza y abundancia*. «Exportación».

Pero cuidese mucho que al exportar los productos de nuestro suelo no queden agotados, exprimidos, esjutos, los mercados nacionales. Lo primero, lo más urgente, es llenar con bienestar las propias necesidades. Que sólo de esta suerte puede considerarse la exportación como un *síntoma de riqueza y abundancia*.

Los gobernantes han disminuído las horas de trabajo. Los mercaderes pretenden elevar sin tasa, sin prudencia, desforadamente los precios de la mercancía.

Las consecuencias de estos dos hechos están al alcance de todos los comentarios. Al reducir el trabajo se reduce la producción. Al elevar los precios disminuye la demanda.

No se puede exportar porque no están cubiertas las existencias nacionales y porque, en esta hora de competencia, de concurrencia, de oferta, los productos de la industria española son, en su constitución, imperfectos y, en su valor, costosísimos. Son malos y caros.

Esta es la verdad, crudamente declarada.

La solución del problema depende por igual del Estado y de los productores. Debe emprenderse una obra común, armónica y congruente que alce el nivel de la capacidad política y aumente el volumen de la producción industrial.

El Estado debe garantizar la libertad del trabajo, en primer término, y estimular la producción después. Que el obrero pueda trabajar libre de coacciones del gremio y vigilancias del Sindicato revolucionario. Que los laboriosos, los aptos, los competentes no sean de la misma condición ni tengan iguales derechos—sino superiores y firmes privilegios—que los perezosos, los durmientes, los remisos, los torpes de mano y de sentido. Que se eleve la jornada de trabajo, como se hizo en aquellos países de Europa y América que no se resignan a desempeñar angustiantes papeles de perdidosos.

He ahí la *grande obra* del Estado.

La obra de los productores ha de referirse a la cantidad y calidad. El ideal próximo es producir más y producir mejor. Para producir más hay que multiplicar los capitales en la misma proporción en que se multiplica el

trabajo; hay que mover el oro como se mueve el brazo, generosamente. Para producir mejor hace falta alcanzar la perfección técnica, abandonar todo lo rutinario y cultivar, fomentar, probar todo lo científico. La cultura sobre la fuerza, y el cerebro sobre el músculo. Los elementos productores, si quieren resolver la crisis de la producción, que es el hecho indiscutible, tienen que servir a dos señores: «El capital y la técnica.»

De esta acción simultánea aldrá el progreso económico y el robustecimiento financiero de España.

J. Portal

Décimas

El moro se llamó amigo,
de nuestra adorada España,
y hoy la combate con saña
y es su mayor enemigo.

Como español yo maldigo
tan ingrato proceder,
qué amigo no puede ser,
aquel que a traición nos hiere,
y al caído nos viere,
se goza en vernos caer.

Maldito el moro traidor
que a España quiere ultrajar,
a quien debió respetar
a cambio de nuestro amor.

Pues que nos causa dolor
placidez de él no tengamos,
y si la ofensa vengamos
nuestro porvenir glorioso
ha de ser más provechoso
que al amigo lo llamamos.

Tomás Rivera

Estudios Sociales

NIÑOS AL CINE...

Comprendemos bien los apuros de una madre al tener que elegir entre el sí de la debilidad, que llenará de alegría a sus hijos, y el no de la fortaleza, que los pondrá mohinos y esbizaños. Pero lo que no comprendemos es que una madre cristiana o un padre cristiano puedan de tal modo traicionar su conciencia, que a las peticiones contristen con esa concesión, que es criminal por su misma

amplitud: «Id al cine, hijos míos, a ver el os divertís mucho, pero no volváis demasiado tarde».

Y allá van los niños y las niñas, anhelosos de emoción, a ver, a ver muchas cosas; a ver apaches que se trotean; ladrones que huyen en automóviles; trenes que descarrilan; criminales que roban, temerarios que raptan; mujeres desvergonzadas que urden los escandalosos; escenas de taberna y de burdel... Todo eso ven a ver los angelitos con la venta de sus papás que han creído premiar su buen comportamiento o su aprovechamiento en el colegio con aquella frase por ellos tan supeirada, «Id al cine, hijos míos». ¡Qué responsabilidad la de estos padres!

Cosas que pasan

LA POBLACIÓN DE LONDRES

Con arreglo a los resultados del último censo verificado, hay en Londres y sus arrabales 7.476.166 habitantes, o sea 274.830 más de los que existían en 1914.

La población de Londres y de sus suburbios representa, pues, la quinta parte de la población total de Inglaterra y el País de Gales.

LA MEDIA LUNA

Cuando hace poco se pudo observar en Constantinopla, en pleno medio día, el fenómeno de la ocultación de Venus por la luna, los turcos considerarían el caso como un favorable auspicio.

La media luna, con una estrella entre las dos puntas, fue considerada por los otomanos, como su emblema militar y religioso desde el siglo XIII. La veneración de la media luna tiene entre los mahometanos un origen bien remoto. Además, la luna ha tenido parte conspicua en la historia de hace más de dos mil años. En el 220 antes de Jesucristo, la órbita apasialón de un rayo de luna por entre las nubes de una noche tempestuosa, reveló la proximidad de la Armada macedónica. Esta «ayuda» del astro a los ejércitos bizantinos hizo que en la